

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIX JORNADAS
VOLUMEN 15 (2009)

Diego Letzen
Penélope Lodeyro

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Sentido común, análisis y lenguaje ordinario

Guadalupe Reinoso*

Me parece que en ética, al igual que en todas las demás ramas filosóficas, las dificultades y desacuerdos, de los que su historia está llena, se deben principalmente a una causa muy simple, a saber: al intento de responder a preguntas sin descubrir primero cuál es la pregunta que se quiere responder.

Moore

Bajo lo que comúnmente se denomina filosofía analítica se agrupa un conjunto de tendencias muy diversas que, si bien, permiten distinguir una serie de orientaciones compartidas, no logran cristalizarse en una escuela cerrada con un único enfoque y método definido. En esta oportunidad, no es nuestro propósito esbozar una definición precisa de lo que sea la filosofía analítica, ni tampoco hacer un rastreo histórico de los orígenes de la misma¹. Nuestra atención se centrará en una de las figuras que se incluye en la primera etapa de dicha orientación: G. E. Moore. En su pensamiento se conjugan de manera novedosa tres de los elementos que se consideran cardinales para la filosofía analítica -por lo menos en su fase inicial-: la concepción del sentido común, la del lenguaje (ordinario), y la del método de análisis.

Es el propósito de este trabajo exponer cómo dichos elementos se relacionan en la filosofía de Moore sosteniendo que la defensa del sentido común no debe interpretarse como la defensa del lenguaje ordinario ya que el método de análisis no puede reducirse a un análisis lingüístico. La defensa del sentido común no es un sub-producto de una defensa del lenguaje ordinario (Cf. Ambrose, 1960: p. 816), son dos cuestiones que deben ser distinguidas. Entender cómo Moore concibe la defensa del sentido común permite distinguir con claridad su concepción del lenguaje ordinario y su método de análisis como diferente al análisis lingüístico. Esta manera de abordar los textos de Moore nos permite, por un lado, y a diferencia de muchos críticos, valorar los aportes originales que realizó a muchas discusiones clásicas sin intentar resolver las tensiones propias de sus escritos; y por otro, mostrar el lugar que tuvo su figura dentro de la filosofía analítica contemporánea.

-I-

Moore es uno de los defensores más conocidos del sentido común. En general, esta defensa se enmarca dentro de la discusión sobre el desafío escéptico, esto es, el problema del mundo externo. El punto de partida de Moore es el diagnóstico de que el sentido común necesita defensa de los ataques de los filósofos o de su imperdonable olvido. Escribió varios artículos donde trataba el problema del escepticismo moderno y ensayaba diferentes estrategias para refutarlo, por ejemplo en "A Defence of Common Sense" de 1925, defendía la idea de que conocemos con certeza la verdad de la siguiente proposición: que la tierra había existido durante muchos años y que en ella había habido, y hay, muchos objetos físicos. Estas proposiciones que pertenecen al

* UNC, CONICET

sentido común, son descritas por Moore como *trivialidades*, en el sentido de que todo el mundo está de acuerdo en su afirmación de que las conocemos con certeza. Son proposiciones obvias “que puede[n] dar la impresión de que no merecería la pena enunciarlas” (Moore, 1984: p. 49). Su trivialidad consiste, no en que sean proposiciones que carezcan de valor o de importancia sino en que son *conocidas* por todos, conforman un *saber* común. Pero el problema surge cuando se detecta que muchos filósofos han sostenido tesis que son incompatibles con la afirmación de estas trivialidades.

No obstante, es en su célebre artículo “Proof of an External World” (1939)² donde intenta dar respuesta definitiva al desafío del escéptico moderno que niega que tengamos conocimiento de la existencia de objetos exteriores a nosotros. La estrategia, para hacer frente a este problema, consiste en que levanta una mano y diciendo, como dijo, “aquí hay una mano” prueba la existencia de al menos un objeto. Esta es una proposición *obvia* de la cual afirma que “tiene que *saber* que es verdadera”, una proposición “cuya verdad *conozco* con toda certeza” por lo tanto ha probado la existencia de una mano humana y ha logrado hacer frente al desafío escéptico.

Es claro que el éxito de la prueba depende de algo que intenta marcar Moore en varios pasajes de su texto: la presencia de un conflicto o contradicción entre lo que él afirma conocer y la negación de conocimiento por parte del escéptico. Moore acusa de incoherente al filósofo escéptico pues sostiene afirmaciones que resultan incompatibles. Por un lado, pone en duda la existencia de cosas externas a nosotros; y por otro lado, admite cotidianamente y sin reservas la existencia de las mismas.

Así expuesta, la prueba de Moore parece aceptar el reto y afirma el éxito de su refutación; se muestra que nuestro trato ordinario con el mundo brinda los elementos necesarios para responder de forma adecuada al escéptico. Finalmente parece estar ofreciendo como prueba un hecho *empírico* que demuestre la existencia de al menos un objeto externo.

Muchos filósofos se han sentido *defraudados* con esta prueba pues parece no refutar al escéptico y en el peor de los casos parece ni siquiera comprender en qué consiste el desafío. Según Stroud (2001), A. Ambrose (1952) sostiene que la prueba de Moore es inadecuada porque lo que hace el escéptico es argumentar “a favor de la imposibilidad lógica del conocimiento y no de ningún hecho empírico” (Stroud, 2001: 78). Lo que intentaría hacer Moore con su prueba es presentar al menos un caso particular empírico del cual tiene la certeza de que lo conoce y con eso refutar al escéptico que niega que tengamos conocimiento de algún tipo. Pero si la evaluación del escéptico tiene la pretensión de ser total o sobre la totalidad de nuestro conocimiento, lo que está poniendo en duda es también el tipo de proposiciones que Moore sostiene conocer. El punto es el siguiente “que el escéptico filosófico no está haciendo una afirmación empírica, cuando dice que nadie sabe si existen los objetos externos” (Stroud, 2001: 28). Por lo tanto el problema no versa acerca de una cuestión *verificable*.

Dentro de la variada gama de críticos que se han sentido insatisfechos con la prueba y la apelación de Moore al sentido común, se ha intentado esbozar una interpretación que otorgue algún tipo de coherencia que los textos parecen no tener³. De esta manera se sostiene que lo que está haciendo Moore en realidad es acusar a los escépticos y a su filosofía de atentar contra el *lenguaje* del sentido común (Moore, 1984: p. 22). Desde este enfoque se supone que hay dos tipos de errores: los fácticos y los lingüísticos. Los filósofos cometerían errores del segundo tipo;

de ahí que haya que corregirlos y hacerlos hablar como la comunidad a la que pertenecen, ya que “el lenguaje común es el correcto” (Moore, 1984: p. 25). Moore indirectamente colaboró con esta visión del problema ya que sostuvo que “hay un significado que constituye el significado popular u ordinario de expresiones tales como ‘la tierra ha existido durante muchos años’. Me temo que muchos filósofos sean capaces de poner en tela de juicio esta suposición” (...) “creo que esta opinión es en extremo errónea. Una expresión como ‘la tierra ha existido durante muchos años’ es un auténtico caso de expresión *sin ambigüedad*, cuyo significado *todos* entendemos”, (Moore, 1984: p. 53, la cursiva me pertenece). Para Moore el escéptico con sus dudas, atentaría contra esta *comprensión común*, los filósofos usan las expresiones ordinarias pero no en el mismo sentido en el que todos las utilizamos.

Según Moore, los escépticos no creen que estas expresiones sean verdaderas, sino que suponen que existe otro conjunto de proposiciones que son las genuinamente verdaderas, “[e]s decir, usan la expresión ‘la tierra ha existido durante muchos años’” para dar a entender, no lo que se expresa ordinariamente en ella, sino la proposición de que es verdadera alguna otra proposición con la que ésta mantiene cierta relación” (Moore, 1984: p. 53). De esta manera Moore sostiene que estos filósofos juzgan como falsas a las proposiciones que se enuncian en las expresiones ordinarias. Para él, por el contrario, no existe posibilidad de error en estas proposiciones. De aquí se desprende la interpretación de los filósofos del lenguaje ordinario, que como Malcolm sostienen que la técnica utilizada por Moore es mostrar entonces cómo las negaciones escépticas van en contra del lenguaje ordinario. Ambrose comparte esta interpretación ya que asegura que los usos ordinarios de creer y conocer no son los que los filósofos utilizan, son opuestos a éstos.

Pero uno de los problemas cardinales de esta interpretación es que el propio Moore las repudió (Stroud, 2001). En uno de sus artículos, Moore comenta la interpretación dada por Ambrose, “no tengo la suposición de que el hecho de que tenga una mano pruebe nada acerca de cómo la expresión “objetos externos” debería ser usada” (Greco, 2002: p. 545). Desde nuestra óptica, la interpretación que los filósofos del lenguaje ordinario realizan es equivocada porque confunden la apelación que hace Moore al sentido común. Esta apelación se da de dos maneras: una propiamente a la “cosmovisión” del sentido común y la otra al lenguaje ordinario. Esto debe ser correctamente distinguido para evitar algunos errores interpretativos.

-II-

La investigación sobre el sentido común y la que se dirige al estudio del lenguaje ordinario son diferentes pero complementarias. En primer lugar, debemos señalar que la mención del sentido común puede sugerir la idea de que estamos hablando de los saberes ordinarios, poco refinados de las personas, los prejuicios compartidos por una comunidad de una época y cultura determinada. Una concepción que la ciencia y la filosofía deben “corregir” o mejorar. O también puede entenderse por sentido común, razonabilidad o sensatez, algo que no está bien repartido entre todos. En el caso de Moore, se aleja de estas ideas para mostrar otras dos maneras diferentes de apelar al sentido común. Por un lado aquella que busca describir la actitud del sentido común como el carácter y especificación de lo que los hombres, *qua* hombres comunes, *creen*; y por otro, la relevancia filosófica específica que puede poseer tal actitud del sentido común (Cf. Rabossi, 1979: p. 45).

También es posible mencionar otras dos distinciones en la óptica de Moore sobre el sentido común. A veces, refiere simplemente a esas creencias que los hombres suscriben universal o casi universalmente en alguna época particular. En otras ocasiones, se refiere a aquellas creencias que estamos inclinados a mantener de un modo natural o a la propensión que se releva en tales creencias. Aunque se relacionan, son perspectivas diferentes. La primera indica que el sentido común puede cambiar de una época a otra. La segunda, en tanto tendencia natural a creer algo, indica que el sentido común no es susceptible de cambio. Esta última es la que proporciona una noción de sentido común que sirve de fundamento para las conclusiones filosóficas. Tenemos la tendencia natural a creer en la existencia de otras personas y de objetos físicos y no tenemos la necesidad de dar una demostración definitiva de dichas creencias.

Por otro lado está la apelación de Moore al lenguaje ordinario que puede querer significar varias cosas también. Primero, mostrar que para tratar los problemas filosóficos hay que usar un lenguaje claro y simple, a través de ejemplos de la vida diaria. Segundo que el lenguaje ordinario decanta las experiencias de generaciones y generaciones de hombres y recoge en su estructura sintáctica, en su vocabulario y en los matices de su uso efectivo, elementos que reflejan convicciones de sentido común. De ahí que un análisis de las distinciones conceptuales incorporadas en él resulte un medio óptimo para ingresar al ámbito de ciertas convicciones del sentido común. Y en tercer lugar, que el análisis del mismo no garantiza la solución (ni la disolución) de todos los problemas filosóficos, pero constituye un punto de partida obligatorio para cualquier empresa ulterior (Cf. Rabossi, 1979 y 2004).

Como ya dijimos para Moore muchas de las afirmaciones del sentido común son indudablemente verdaderas y las tomará como base o garantía. De esta manera entiende que puede ponerse un límite a las preguntas o las dudas de los filósofos. No podemos cuestionar ciertas creencias básicas por lo que el sentido común exhibe una especial *inmunidad* contra los ataques filosóficos. Para Moore estas creencias básicas son consideradas como conocimiento aunque no podamos dar una demostración última de ellas. Este es un elemento novedoso a destacar en su estrategia, pues desvincula el concepto de justificación del de conocimiento. El saber ordinario sobre estas creencias es un tipo de conocimiento que no requiere justificación no porque sea imposible alcanzar un fundamento último, o una garantía epistémica de carácter absoluto, sino más bien porque para Moore resulta insensato exigir dicha demanda.

Otro de los elementos novedosos en su estrategia es la evaluación de las dudas escépticas. Intenta mostrar cómo funcionan las dudas en nuestra vida común: son dudas locales que pueden ser contestadas y fácilmente disipadas. El ejemplo de la mano puede servir para cancelar la duda frente a una persona que sospechamos tiene una mano ortopédica. Lo que muestra con este ejemplo es que las dudas son dudas razonables en la medida en que dependen de un contexto. La duda hiperbólica del escéptico es ilegítima pues pretende salirse de todo contexto posible y cuestionar la totalidad de nuestro conocimiento. De esta manera invierte la carga de la prueba pues le exige al escéptico que demuestre cómo da el salto de la duda local a la duda total.

Su perspectiva del sentido común ilumina también la concepción positiva que Moore sostiene acerca de la labor filosófica. El filósofo tiene que dar "una descripción de la totalidad del universo, mencionando todas las cosas importantes que conocemos hay en él" (Moore, 1953, p.1; la traducción me pertenece). Pensó que lo que él denominaba la visión del sentido común

sobre estos asuntos, era verdadera y que cualquier visión que lo contradiga, era falsa, y que en esta visión habitan todas aquellas "cosas importantes" que debemos estudiar. Ahora bien, Moore pretende defender las creencias del sentido común, y no el uso ordinario del lenguaje en cuanto tal. En su autobiografía dice que él no iba a ser persuadido de que en su apelación al sentido común estaba simplemente recomendando un cambio de nuestros hábitos lingüísticos ordinarios (Passmore, 1981: p. 208).

Probablemente la confusión en algunas de estas interpretaciones se deba a lo que Moore entendió por el método en filosofía: el análisis. Muchos críticos han asumido que para este autor el análisis es análisis lingüístico. Pero aunque en Moore esté presente el interés por la terminología y la gramática lógica del lenguaje ordinario para detectar las fuentes de error y confusión filosóficas, nunca fue tan lejos como para afirmar que la raíz y la cura de todos los problemas filosóficos reside en la confusión y clarificación terminológica. Para Moore, el análisis es análisis conceptual. Él creyó que no eran las expresiones, sino los conceptos, el objetivo del análisis. Si bien, y como sucede con en el resto de su terminología cardinal, no es fácil determinar qué entiende por conceptos, Moore dio una pista en una respuesta a C. H. Langfor. Allí asegura que dar un análisis de un concepto es descubrir algún otro concepto que sea igual que el concepto que está siendo analizado pero que pueda expresarse de forma distinta, haciendo referencia a conceptos que no se hayan mencionado explícitamente en las expresiones empleadas para referirse al concepto original. Ej., "varón nacido de los mismo progenitores" es un análisis correcto de *hermano*. (Cf., Passmore, 1981: p. 213). De esta manera parece entenderse por análisis filosófico, ofrecer una suerte de definición explícita del concepto a analizar sustituyendo al primero por otro sinónimo de él. De cualquier manera, y sin entrar en detalle en la falta de precisión en su perspectiva acerca del método de análisis y en su visión de los conceptos, es clara su distancia de los filósofos del lenguaje ordinario. Si bien pasó de en una primera etapa de su producción filosófica donde buscaba mostrar las esencias de los universales compuestos (conceptos) al posterior análisis lingüístico, nunca tuvo a éste último como un fin en sí mismo. De aquí, probablemente, se derive la confusión entre estas dos etapas o niveles pero debe quedar claro que para Moore, "dar un análisis" no consiste en describir "cómo usar un expresión".

-III-

Esperamos haber mostrado que nuestro propósito no consistió en evaluar si la prueba de Moore logra contestar de manera eficaz al desafío. En cambio, buscamos hacer hincapié en la estrategia utilizada por nuestro autor que interpreta al problema escéptico como un problema genuino que corresponde propiamente a la filosofía la tarea de resolver, "salvando" al hombre común y a la perspectiva ordinaria de los ataques escépticos.

Moore es un fiel creyente en que la filosofía puede dar respuestas concluyentes, su método no consiste en mostrar el sinsentido de los problemas filosóficos, dichos problemas no se agotan, ni se disuelven con el análisis lingüístico. De esta manera, una investigación del lenguaje ordinario no puede sustituir el tipo de análisis aquí expuesto, ya que la elucidación del carácter y contenido de las convicciones del sentido común no se agota en el análisis de los mecanismos y presupuestos del uso del lenguaje ordinario.

Siguiendo a Muzguera podemos ubicar a Moore en la primera época de la filosofía analítica en que había lugar para algún tipo de especulación de corte más tradicional, donde se muestra la visión clásica que posee nuestro autor sobre los problemas filosóficos. Al sostener un enfoque sustantivo de los mismos se aleja tanto del método de disolución que aplicaron los filósofos analíticos posteriores a los problemas tradicionales como de las estrategias inspiradas en el Wittgenstein de *Sobre la Certeza*. Los textos reflejan la creencia de Moore en la existencia de un problema natural del conocimiento, y se percibe el optimismo en alcanzar respuestas, en encontrar soluciones definitivas. Para Moore el problema del escepticismo se concentra en las conclusiones negativas a las que arriba; su propósito es negar dichas conclusiones pero, aunque incipiente, no logra cuestionar a fondo la legitimidad del proyecto epistemológico que sostiene al desafío escéptico.

En Moore habitan una concepción tradicional de los problemas filosóficos con elementos que intentan trascenderla y es fácil percibir la tensión de estos elementos en sus textos. Por un lado, parece aceptar las condiciones propuestas por el escéptico a la hora de reflexionar sobre el conocimiento por lo que buscar contestar y dar una prueba definitiva al desafío. Pero al mismo tiempo, Moore parece querer abandonar esas reglas del juego, exigiéndole al escéptico que justifique sus dudas. Pero si la estrategia es proponer un cambio de reglas ya no juegan el mismo juego, de ahí que su prueba no funcione como respuesta directa al escéptico. Desde nuestra perspectiva estos elementos discordantes enriquecen la discusión, no creemos que haya que resolver estas tensiones o contradicciones, ya que consideramos que ellas son las que brindan aportes originales a la hora de evaluar las formas en las que reflexionamos sobre el conocimiento. Que la prueba de Moore nos resulte obviamente equivocada, dice algo sobre nuestras maneras de considerar las dudas escépticas y nuestras formas de evaluar las creencias del sentido común. Moore nos exige que explicitemos nuestro punto de partida y que demos cuenta de él. Es en este sentido que consideramos los textos de Moore como un valioso aporte a la discusión sobre los clásicos problemas filosóficos.

Notas

¹ Cf. Passmore (1981); y Muzguera (1986).

² A estos dos artículos de Moore, se suele sumar *Refutación al idealismo* de 1903 formando una trilogía donde se delinea su perspectiva acerca del sentido común. Desde nuestra perspectiva se debe agregar un cuarto: *What is Philosophy?*, de 1910, en Moore (1953).

³ En especial Malcolm, N., "Defending Common Sense" de 1949 y "George Edward Moore" del 1963

Bibliografía:

- Alston, W. p., (1976) *Los orígenes de la filosofía analítica. Moore, Russel y Wittgenstein*, Tecnos, Madrid.
- Ambrose, A., (1952) "Moore's Proof. Of an External World", en *The Philosophy of G. E. Moore*, PA Schilpp (ed.) New York, pp. 395-417.
- _____, (1960) "Three Aspects of Moore's Philosophy", *The Journal of Philosophy*, Vol. 57, No. 26, pp. 816-824.
- Gómez Alonso, Modesto M., (2006) *Frágiles certidumbres. Wittgenstein y Sobre la Certeza: Duda y lenguaje*, Unv. Pontificia Salamanca.
- Greco, J., (2002) "How To Reid Moore", *The Philosophical Quarterly*, Vol. 52, No. 209, pp. 544-563.
- Moore, G. E., [1929, 1939](1984): *Defensa del sentido común y otros ensayos*, Orbis, Madrid.
- _____, (1953), *Some Main Problems of Philosophy*, Allen and Unwin, Londres.
- Passmore, J., (1981) *100 años de filosofía*, Alianza, Madrid.
- Rabossi, E., (1979), ¿Por qué el sentido común importa a la filosofía?, *Manuscrito*, pp. 43-55.

-
- _____, (2004), (comp.), "La psicología folk y el sentido común. La controversia y los escenarios", en *La Mente y sus Problemas. Temas actuales de filosofía de la psicología*, Catálogos, Buenos Aires.
- Stroud, B., (2001) *El escepticismo filosófico y su significación*, FCE, México.
- Stroll, Avrum, (1994) *Moore and Wittgenstein on Certainty*, Oxford Press, N York.
- White, Alan, (1958) "Moore's Appeal to Common Sense", *Philosophy*, Vol. 33, No. 126, pp. 221-239.